RALPH PENNY

GRAMÁTICA HISTÓRICA DEL ESPAÑOL

Edición española a cargo de
JOSÉ IGNACIO PÉREZ PASCUAL

EDITORIAL ARIEL, S. A.
BARCELONA
1. INTRODUCCIÓN

Esta historia del español ha sido concebida como una descripción del desarrollo «interno» de la lengua, con el fin de mostrar cómo ha evolucionado en el plano fonológico y morfosintáctico, sin desatender por ello el modo en que ha adquirido su vocabulario ni los cambios semánticos que ha sufrido; se ha inten\ndado incluso explicar, en la medida de lo posible, las razones de los cambios producidos. Se trata, por tanto, de lo que tradicionalmente se conoce como una «gramática histórica» de la lengua española.

Aunque este volumen no se centra en el estudio de los contextos sociales en los que se utiliza y se ha utilizado el español, nos ha parecido oportuno, sin embargo, dar cuenta brevemente de ellos, a modo de introducción. Existen descripciones más detalladas de la historia «externa» de esta lengua accesibles al lector (especialmente Lapesa 1980; véase también Alatorre 1991, Cano Aguilar 1988, Quilis 1977); exponemos aquí un breve esbozo de las circunstancias que han rodeado al castellano a través de los siglos, un esquema cuya única pretensión es servir de marco a los aspectos cronológicos y sociales a que habremos de referirnos en los capítulos siguientes.

1.1. El latín

El latín es el «padre» del español (y, por definición, de todas las lenguas románicas), en el sentido de que los hispanohablantes representan el último eslabón de una cadena ininterrumpida de personas, cada una de las cuales ha aprendido su lengua de sus padres y coetáneos; esta cadena se ha prolongado sin quebrarse desde que Roma conquistó la Península Ibérica hace dos mil años.

Podría mostrarse gráficamente la relación entre latín y español afirmando que el español es latín: la variedad de latín que se ha llegado a hablar en determinadas zonas de Europa, África y América; no obstante, sería lícito afirmar exactamente lo mismo del gallego, portugués, catalán, francés, italiano, rumano, etc. Si no se denomina «latín» a todas esas maneras de hablar y escribir es por-
que las diferentes formas en que se presenta el latín contemporáneo (esto es, las lenguas románicas) han llegado a ser mutuamente ininteligibles; resultaría inadecuado emplear una sola etiqueta para idiomas entre los que no es posible la comprensión. Por otro lado, los distintos estados europeos se han valido de esas denominaciones ligadas a unos rasgos lingüísticos diferenciales («español», «francés», etc.) para expresar su identidad cultural y política.

Esta lengua latina contemporánea (con el valor que damos aquí a lo que se designa corrientemente como «lenguas románicas») no es uniforme, pero tampoco lo fue nunca el latín. Todos los idiomas presentan variedades —y el de Roma no pudo ser una excepción— desde tres ángulos: diatopía (en el espacio), diacrónica (en el tiempo) y sociológica (en un mismo lugar y tiempo, a causa de la diferente edad, sexo, educación, ocupación, etc. de sus hablantes). La variación es inherente incluso al propio individuo, por cuanto dispone de diversos registros que le permiten adaptar su expresión a las distintas situaciones. El hecho de que generalmente carezcamos de la oportunidad de observar tales variaciones en el latín, no debe hacernos creer que hace dos mil años era ésta una modalidad homogénea.

Son escasas las pruebas de la diversificación diatópica del latín, debido a que los que escribían habían aprendido a hacerlo en una variedad (culto, literaria, denominada tradicionalmente «latín clásico») que, por su naturaleza, carecía de rasgos puramente locales; no obstante, disponemos de algunos datos, a los que nos referiremos en el apartado que dedicamos al latín de Hispania (1.2). Son más fáciles de percibir, en cambio, las diferencias diacrónicas, producto de la evolución que experimentó el propio latín (véase al respecto Meillet 1973); podemos apreciarlas mediante la comparación de la lengua que utilizan los escritores de los diferentes períodos, así como a través de los comentarios que redactan los gramáticos latinos acerca del carácter antecuado o arcaico de ciertos rasgos lingüísticos.

Sin embargo, es la variación social la que ha recibido más atención por parte de los estudiosos de las lenguas románicas, aunque tradicionalmente no es descrita como tal. Sabemos bien, por lo menos desde el siglo XIX, que los romances no proceden del latín clásico (esto es, literario), sino de un tipo de latín no literario, designado generalmente como «latín vulgar». Por poner un ejemplo léxico sencillo y muy conocido, EQUUS significaba «caballo» en latín clásico, forma de la que no pueden proceder las voces románicas que designan este concepto (esp. caballo, port. cavalo, fr. cheval, it. cavallo, rum. cal, etc.); éstas descienden de CABALLUS, que significaba «caballo de carga» en el latín literario, si bien adquirió el sentido genérico de «caballo» en la lengua coloquial.

Son muy abundantes las definiciones que se han dado de «latín vulgar», y muchas se han apoyado en modelos históricos que hoy nos parecen erróneos. Es el caso de la concepción del latín vulgar como un estado más tardío de latín que la variedad clásica (por ej., Grandgent 1970); los romanistas la han rechazado hace ya bastante tiempo, aunque la mayor parte de los vestigios latinovigares
procedan de los últimos siglos del Imperio y un buen número de sus rasgos se mejen más « avanzados » que los correspondientes al clásico. Es más difícil, en cambio, que desaparezca la idea de que el latín vulgar y el clásico son códigos diferentes y representan conceptos mutuamente excluyentes; tal interpretación no se puede sostener, ya que todas las variedades del latín de las que tenemos conocimiento comparten la mayor parte de su vocabulario, rasgos morfológicos y reglas sintácticas.

Nuestro punto de partida es que el « latín », como cualquier otra lengua, presenta una gama de registros lingüísticos que van desde el literario, cuidadosamente codificado, en un extremo, hasta el argot, en constante ebullición, en el otro; además, habría una suave gradación de registros intermedios. En este modelo, el « latín clásico » ocupa un polo del espectro, y se encuentra representado esencialmente por registros escritos (no hablados, a no ser en representaciones o en lecturas en voz alta). El latín vulgar comprende prácticamente el resto del espectro —con la posible excepción de la lengua hablada por las clases cultas—; queda excluido, claro está, el otro polo, en el que deberíamos colocar las jergas de los grupos marginales, inestables y efímeras, que difícilmente influirían en la manera de hablar de la mayoría de la población.

Esta concepción del latín vulgar, aunque expresada de forma diferente, coincide plenamente con una de las definiciones más satisfactorias de entre aquellas que cuentan con mayor antigüedad; nos referimos a la adoptada por Herman (1967: 16) y algunos de sus predecesores: el latín vulgar es la lengua hablada por las clases sociales que no recibían influencia —o, si sufrían alguna, era mínima— de la enseñanza dada en las escuelas o de los modelos literarios. Sin embargo, es importante dejar claros ciertos corolarios que se deducen de esta definición.

En primer lugar, el latín vulgar carece de límites cronológicos absolutos. Existe paralelamente al latín clásico, de manera que en cualquier momento (sobre todo a partir del siglo I a.C.) es posible referirse tanto al « latín clásico » como al « latín vulgar », a pesar de que la mayoría de los datos referentes a este último proceden de siglos posteriores. Ahora bien, el término « latín vulgar » deja de resultar útil cuando, con el paso del tiempo, comienza a escribirse en las formas locales de la lengua (siglo IX d.C. en el norte de Francia); a partir de ese momento es la voz « romance » la que se aplica a todas las variedades vernáculas, habladas o escritas, descendientes del latín. No obstante, algunos estudiosos designan también como « romance » a la lengua hablada en siglos anteriores; otros prefieren el término « protoromance » para denominar aquellas modalidades de habla que constituyen el antecedente de los idiomas románicos.

En segundo lugar, no puede haber textos en latín vulgar. Las diferentes clases de escritos fueron redactados, por definición, por gente culta, que lógicamente se sirvió de la variedad codificada o estándar del latín, en la que inevitablemente eran educados los escritores; ahora bien, esto no quiere decir que no
dispongamos de muestras de los registros hablados del latín (lo reseñaremos más adelante). Con todo, y a pesar de que cierto tipo de textos contienen, en mayor o menor proporción, formas (grafías, palabras, construcciones, etc.) que difieren de la variedad estándar y revelan rasgos propios del latín hablado, tal información resulta insuficiente y no puede llegar a proporcionarnos una visión completa del latín vulgar.

En tercer lugar, al igual que el latín considerado en su conjunto, el latín vulgar es en sí mismo variable. De hecho, este término engloba todas las variedades cronológicas, dialectales y sociales del latín tal como era hablado por la mayor parte de las gentes que lo empleaban. Por tanto, no puede describirse su «gramática» de la misma forma que la de las variedades codificadas o la estándar de una lengua. (Acerca del latín vulgar, puede verse también Hofmann 1958, Maurer 1959, Neto 1956 y 1977, Väänänen 1968.)

¿Cuáles son las fuentes de información donde podemos descubrir los rasgos del latín vulgar? No resultaría apropiado ofrecer aquí un catálogo exhaustivo de sus fuentes (que figura en trabajos sobre el latín vulgar, como por ej. Väänänen 1968: 39-49; un completo elenco de textos latinovalvares en Díaz y Díaz 1974), pero sí parece prudente proporcionar algunas referencias:

Escritos literarios redactados con intención de reflejar el habla popular (dramaturgos como Plauto, Ennio o Terencio, escritores satíricos como Petronio).

Escritos cristianos, de autores que generalmente rechazaban el elitismo del lenguaje estándar y buscaban, en contrapartida, un estilo más apropiado a una religión proselitista, especialmente en obras dirigidas a un público nada refinado (tal ocurre, por ejemplo, con el relato de Egeria, una monja española del siglo IV d.C., que narra su peregrinación a los Santos Lugares en la Peregrinatio ad loca sancia).

Escritos técnicos que, debido a su finalidad práctica y a la modesta educación de los lectores a quienes estaban destinados, no solían presentar un estilo pretencioso, sino que permitían el empleo de palabras y expresiones propias de la lengua coloquial; son textos referentes a la cocina, agricultura, construcción, medicina, veterinaria, etc.

Documentos diversos, literarios y no literarios, redactados en el último período del Imperio (siglos III-V d.C.) y durante los siglos siguientes, cuando había descendido notablemente el nivel educativo y cultural de los letrados y, en consecuencia, los escritores se servían de formas de expresión ajenas ya al latín clásico (para el latín tardío y medieval, véase Bastardas 1960, Wright 1989 y 1988).

Inscripciones no oficiales, entre las que se cuentan epitafios y, sobre todo, graffiti (como los de Pompeya y Herculano, que conservan anuncios, avisos, eslogan, obscenidades, etc.) y las defixionum tabellae (láminas metálicas en las que se garabateaban conjuros mágicos).

Escritos de gramáticos, redactados para censurar formas incorrectas, que representan la mejor prueba de la existencia de estas desviaciones en la lengua.
EL LATÍN

hablada. Debe destacarse particularmente el llamado *Appendix Probi*, una lista del siglo VI o VII (véase Robson 1963); en él se señalan doscientas veintisiete formas que deben ser evitadas al escribir, a la vez que se propone en cada caso la que se considera más apropiada (por ejemplo: BACULUS NON VACLUS, AURIS NON ORICLA, GRUS NON GRUIS, TRISTIS NON TRISTUS). De importancia casi similar, especialmente para España, son las observaciones lingüísticas de Isidoro, obispo de Sevilla (c. 570-636), en su *Origines sive etymologiae* (véase Díaz y Díaz 1982).

Glosas de distintas fechas desde el siglo I d.C. Algún lector ha insertado entre líneas o en el margen de un texto palabras o expresiones equivalentes a otras que, por desusadas, le suponían alguna dificultad; estas glosas procedían a veces de registros hablados.

Préstamos latinos a otras lenguas y viceversa. El modo en que se adaptan algunos de ellos en la lengua de recepción revela rasgos de la pronunciación latina (así, por ejemplo, la palabra alemana Kaiser pone de manifiesto que, cuando el germánico tomó del latín la voz CAESAR, la consonante inicial se pronunciaba como [k], aunque fuese seguida de una vocal palatal).

Junto con estos testimonios, en gran parte tomados de textos antiguos, hay que contar con la posibilidad de extraer alguna información acerca del latín del examen de las propias lenguas románicas. Ya hemos visto que, al comparar ciertas formas romances, es posible deducir que en latín vulgar la palabra Caballus tendría el sentido genérico de «caballo»; es éste un procedimiento aplicable a cualquier hecho lingüístico si aceptamos que, cuando un mismo rasgo aparece en la mayoría de las lenguas románicas, lo probable es que perteneciese al latín hablado. De este modo, comparando las denominaciones para «verde» (por ej., esp., port., it., rum. verde, fr., cat. vert), podemos llegar a suponer, al menos, que la palabra utilizada en latín hablado, de la que proceden las anteriores voces, no tenía más de dos sílabas, a pesar de que la denominación latina que conocemos por los textos escritos tuviera tres: VIRIDIS. En esta ocasión, el autor del *Appendix Probi* confirma nuestra deducción, pues advierte que se debe emplear VIRIDIS NON VIRDIS. Sin embargo, en un gran número de casos, las fuentes escritas no nos proporcionarán tal confirmación, de manera que muchas formas del latín hablado han sido establecidas por medio de la comparación entre los testimonios románicos, sin que su existencia haya sido refrendada por ninguna fuente escrita. Así, cuando comparamos los verbos romances que significan «ser» (por ej., esp., port., gall., ser, cat. ésser, ser, fr. être, it. essere) podemos presumir que la palabra latina en la que se originan tendría tres sílabas y que la última sería -RE, frente a la forma clásica ESSE <*ser*>; basándonos en hechos conocidos de la evolución de las lenguas románicas, llegaremos a una forma latínovulgar *ESSERE*. Anteponemos un asterisco a aquellos vocablos que nos vemos obligados a reconstruir sin encontrar apoyo en documentación latina (lo que no significa que estas formas hipotéticas sean dudosas; véase al respecto Wright 1992).
1.2. El latín de Hispania

El latín empezó a usarse en Hispania como resultado de su gradual incorporación al Imperio Romano y consiguientemente de los distintos pueblos pre-romanos. La romanización comenzó en el 218 a.C., durante la Segunda Guerra Púnica, cuando las tropas romanas desembarcaron en el nordeste peninsular para impedir nuevos ataques cartagineses a través de los Pirineos y los Alpes, similares al que había realizado Aníbal en su famosa marcha contra Roma.

Tras la derrota de los cartagineses y la conquista en el año 106 a.C. de su capital peninsular, Cádiz, la inicial empresa militar se transformó en un proceso de colonización y asentamiento. Fue un fenómeno relativamente lento, que avanzó en dirección oeste y noroeste durante los dos siglos siguientes y que culminó con la conquista, en el año 19 a.C., de la costa cantábrica (las actuales Galicia, Asturias, Santander y parte del País Vasco).


Cualquier cambio de lengua como éste implica un período de bilingüismo que se prolonga durante varias generaciones; en las zonas septentrional y occidental, alejadas de las ciudades romanas más importantes, debió de producirse una situación similar a la que persiste hoy en los Pirineos Occidentales, al menos hasta el final de la época romana —esto es, hasta el siglo xv— y probablemente hasta más tarde en los lugares más aislados. Este bilingüismo, entre el vasco y el latín o entre éste y el celta, ha sido aducido a menudo como causa de ciertos cambios que se produjeron en los romances peninsulares (véase para su estudio 2.5.3.2, 2.5.6, etc.); en efecto, semejante estado de cosas facilitaba que el latín tomase en préstamo numerosas palabras de las lenguas con las que coexistía (véase 4.2). La latinización fue mucho más rápida en el este y sur, donde el fibro y griego (en las actuales Cataluña y Valencia) y el tarteso (en Andalucía y el sur de Portugal) parecen haber sido desplazados totalmente antes del siglo i de nuestra era.

El ritmo de latinización está probablemente en correlación con la distancia existente entre el «estándar culto» y el latín «medio» hablado en una fecha determinada, pues serán precisamente los mismos factores que estimularon la rápida romanización (estrecho contacto con la Italia central, aparición de las grandes urbes, buenas comunicaciones por carretera, consiguiente desarrollo del
comercio, etc.), los que propicien el uso de formas latinas próximas a la zona más prestigiada del espectro sociolingüístico (véase 1.1). Por tanto, resulta probable que el latín hablado en las áreas más remotas y menos desarrolladas de la Península se encontrase considerablemente más alejado de la norma de prestigio (la de la clase alta de Roma) que el latín de las ciudades orientales y meridionales.

Es éste un factor de gran relevancia para la historia del español, ya que dicho idioma hunde sus raíces en la geografía de lo que hoy es la zona norte de la provincia de Burgos, área de la meseta septentrional muy apartada de los centros de actividad económica y de relieve cultural de la Hispania romana; fue latinizada bastante tarde y, en consecuencia, el latín hablado debió de estar bastante lejos de la norma prestigiosa —o, lo que es lo mismo, sería particularmente «incorrecto»— en la época de la decadencia de Roma. Además, hay que tener en cuenta que, con el fin del Imperio Romano, las propias condiciones históricas favorecían el alejamiento del patrón lingüístico hacia el que los hablantes habían procurado tender; de este modo, muy probablemente se perpetuaba cualquier rasgo «incorrecto» del habla local (a no ser que fuera puesto en tela de juicio por algún otro modelo de prestigio, cosa que no sucedería en la meseta norte). Lo cierto es que frecuentemente se ha descrito el español como una forma bastante particular de romance peninsular (incluso de romance tout court); se trata, en realidad, de una idea debida a R. Menéndez Pidal (1964a: 472-488), que puede sostenerse, por lo menos, en cuanto a la fonología del consonantismo castellano: su idiosincrasia lingüística puede explicarse convincentemente por las condiciones de la latinización de la meseta septentrional.

En cuanto a las peculiaridades del latín hispánico frente al que se hablaba en otras provincias, una vez que hemos dejado sentado que la lengua de Hispania no era uniforme, no podemos hablar de rasgos determinados compartidos por todas o casi todas las variedades románicas peninsulares supervivientes (dichos rasgos pertenecerían al latín hablado en la mayor parte de la Península, si no en toda), que puedan contrastarse con las correspondientes características del galorromance, italorromance, etc. Distintos investigadores, en diferentes épocas, han caracterizado al latín hispánico por su arcaísmo, su conservadurismo y el dialetalismo osco-umbro que lo condiciona; paradójicamente, existe un cierto número de particularidades que nos permiten calificar al latín de Hispania como innovador. A todo ello vamos a referirnos (véase Carnoy 1906, Díaz y Díaz 1960a y 1960b, Mariner Bigorra 1960 y Tovar 1968b).

1.2.1. ARCAÍSMO

La fecha tan temprana en que comenzó la romanización de Hispania (final del siglo III a.C.) hizo que, desde el punto de vista de su evolución, el latín se encontrase en una etapa anterior a la que habría de alcanzar cuando se llevó a otras
áreas. Así, por ejemplo, la romanización del norte de Italia y sur de la Galia no empieza hasta el siglo II a.C., una época en que ya toda la Península se encontraba sometida al dominio romano (con la excepción del noroeste); la romanización del resto de la Galia se inicia en el siglo I a.C., y la de la Dacia (aproximadamente la actual Rumanía) en el siglo II d.C. Si se admite la hipótesis de que las áreas colonizadas suelen ser más conservadoras que los propios lugares de los que procede la lengua importada —hipótesis que encuentra sustento en la historia del inglés y español de América, y aun en otros lugares—, se puede suponer que el hispanorromance debió de conservar algunos rasgos del latín de los siglos III y II a.C. que se perdieron en el habla de Roma y de otras provincias latinizadas con posterioridad.

Tal explicación puede apoyarse en el hecho de que en el habla peninsular esté más extendida la bilabial [φ] (sonido que se representa con la grafía F; véase 2.5.6) que su sucesora, la labiodental [f], que se emplea en la mayor parte de la Rumania. Sin embargo, es en el campo del vocabulario donde se ha estudiado más detalladamente el arcaísmo. Los ejemplos siguientes reflejan el uso de los escritores preclásicos (Plauto, Ennio, Terencio, etc.) y hubieran sido impensables en quienes escribieron a partir del siglo I a.C.; ello sugiere que estas palabras, que continuaban vivas en el latín hispánico, habrían dejado de utilizarse en Roma:

Esp., port. cansar < CAMPsäre «doblar, rodear un promontorio», préstamo temprano del griego que no se documenta en la literatura después del siglo II a.C.
Esp. cueva, port. cova < COVA «hueco, caverna», adjetivo preclásico, en contraste con el latín clásico CAVA id., de donde procede el fr. cave «cueva», etc.
Esp. cuño, -α, port. cujo, -α < CİUS, -A, -UM id., forma que ya había caído en desuso en el siglo I a.C.
Esp. (a)demás, port. demais < DİMACİS, forma que no se registra en escritos posteriores al siglo II a.C.
Esp. hablar, port. falar < preclásico FABULĂRĪ «conversar».
Esp., port. querer, voz que probablemente refleja el sentido preclásico de QUÆRERE, tal como testimonia Terencio (principios del siglo II a.C.); con posterioridad pasó a significar «buscar».

1.2.2. CONSERVADURISMO

No existe una distinción precisa entre conservadurismo y arcaísmo, ya que ambos términos se refieren a la pervivencia de formas que han desaparecido en otras zonas. Cuando hablamos del conservadurismo del latín hispánico, nos referimos a que aquí se mantuvieron algunas formas del latín clásico (presumiblemente de uso corriente en el latín hablado de otros lugares) que se vieron, en cambio, rechazadas en las áreas que constituían el epicentro cultural del Imperio Romano durante su última etapa (centro y norte de Italia y la Galia). Así, los nu-
merales latinos *QUADRÄINTÅ ... NÖNÄINTÅ «cuarenta ... noventa», mantienen el acento sobre la penúltima vocal ῆ (más tarde > /e/) en sus descendientes españoles y portugueses: *cuarenta ~ *quarenta «noventa» (véase 3.6.1), en tanto que en otras zonas románicas se ha desplazado a la sílaba precedente y sus resultados ofrecen una /a/ tónica: fr. *quadran*, it. cinquanta, etc.

Pero es de nuevo en el vocabulario donde encontramos los ejemplos más claros de conservadurismo. En los casos que a continuación se consignan el español preserva (generalmente junto con el portugués) formas corrientes en el latín clásico que no se registran hoy fuera de la Península, salvo en otras áreas igualmente alejadas de los centros de irradiación cultural (por ej. la zona alpina, el sur de Italia, Sicilia, Cerdeña, Rumanía):


Se puede apreciar que aquellas variedades románicas que mantienen las formas más antiguas son las que se localizan en zonas periféricas de la Romania, es decir, las que estaban más apartadas de los centros culturales de la última etapa del período romano. Ahora bien, estas áreas no sólo coinciden en la conservación y distribución de formas que aparecen en el latín clásico: en las regiones periféricas se producen además una serie de innovaciones latino vulgares antes que en los territorios centrales de la Europa románica; tal es el caso de la sustitución en el latín vulgar de las formas sintéticas de los adjetivos comparativos (véase 3.3.2; la innovación más antigua *MAGIS* (+ adj.) se conserva en esp.
más, port. mais, cat. més, rum. mai, en contraste con el tipo posterior plūs (+ adj.) que podemos observar en el fr. plus, it. più). Este modelo se repite con frecuencia en el vocabulario; por ejemplo:

Esp. hallar, gall., port. achar, sudit. acchiare, rum. afla < AFFLĀRE «resoplar» (véase 5.3.1) (cf. fr. trouver, it. trovare, cat. trobar < *TROPĀRE).
Esp. herno, gall. fermo, port. formoso, rum. frumos < FÖRΜŌSU (cf. fr. beau, bel, it. bello < BELLU).
Esp. pájaro, gall. páxaro, port. pásaro, rum. pasere < lat. vg. PASSAR (lat. cl. PASSER) «gorrión» (cf. fr. oiseau, it. uccello, cat. aucell < AVICELLU).


1.2.3. Dialectalismo

Cuando, a finales del siglo III a.C., dio comienzo la latinización de España, pervivían aún el osco y umbro, competidores ítálicos del latín que se hablaban en el centro y sur de Italia; en concreto, hay evidencias que nos permiten suponer que el uso del osco se mantuvo, por lo menos, hasta el siglo I d.C. Como parece probable que muchos de los soldados y colonos romanos llegados a España procedieran de zonas donde existía una situación de bilingüismo entre la lengua de Roma y osco o umbro, se ha querido demostrar que el latín de estos hablantes estaba impregnado de rasgos producto del contacto de lenguas.

Un ejemplo detallado de esta hipótesis se puede examinar en Menéndez Pidal 1960, quien atribuye a este origen cambios fonológicos como MB > /m/ (véase 2.5.3.2) y -LL-, -NN-, -RR- > /ʎ/, /ɲ/, /ɾ/ (véase 2.5.3.2 [9]). De modo semejante, las vocales tónicas de nudo, octubre y cierzo han sido explicadas en alguna ocasión como producto de la interferencia entre el latín NŌDU, OCTŪBER y CIRCĪU y las formas emparentadas oscas y umbrias con ū y ē tónicas (a saber, los híbridos *NŪDU, *OCTŪBER, *CĒRĈU); tal interferencia no se refleja más que en los resultados de estas palabras en el sur de Italia y en España (cf. NŌDU > fr. noeud). También la distribución de formas afines al español dejar (gall., port., cat. deixar, gasc. dechā, sic. dassari, sudit. dassare, sard. med. dassare), en contraste con los descendientes de LAXĀRE (esp. med. lexar, fr. laisser, it. lasciare), se ha justificado a veces partiendo de una forma latina dialectal *DAΣΧĀRE, cuya d- habría aparecido por interferencia del osco. Asimismo se aduce, como muestra de la naturaleza dialectal del latín hispánico, la asociación del significado «llegar» con los descendientes de PΛICĀRE (lat. cl. «doblar»); este fenómeno sucede en el español llegar (gall. y port. chegare), frente a las formas románicas que conservan el sentido latino (ej. fr. plier, it. piegare, al igual que el semicultismo esp. plegar).

Sin embargo, ninguno de los ejemplos aportados puede considerarse prueba inequívoca de la supuesta influencia osco-umbra, ya que no existe un acuerdo general sobre su origen (además de Menéndez Pidal 1960, véase también Blaylock 1964).
1.2.4. **Innovación**

A pesar de la caracterización que hemos hecho del latín hispánico como arcaico y conservador, sus descendientes poseen una serie de rasgos que revelan la existencia de cambios innovadores que se circunscriben de modo exclusivo a la Península. Entre estas innovaciones debemos incluir la fusión total de la segunda y tercera conjugación latina (véase 3.7.6.), lo cual provocó que los modelos de infinitivos como DÉBÈRE y VENDÈRE, originariamente distintos, se hicieran idénticos (esp. deber, vender, port. dever, vender), en lugar de permanecer separados como en otras variedades románicas (por ej. fr. devoir, vendre).

Algunas innovaciones hispánicas consisten en la formación de derivados; así en:

- CIBU «comida» → CIBĀRIA > cíbera, ahora solamente en el uso rural.
- CIBU «comida» → CIBĀTA > cebada esp. med. «alimento», más tarde «cebada».
- AMĀRU «amargo» → AMĀRELLU «amarillento» > amarillo.
- ARGENTU «plata» → ARGENTEU «de plata» > esp. med. arienço «tipo de moneda, unidad de peso».
- CATĒNA «cadena» → CATĒNĀTU «encadenado» > candado.
- CENTĒNI «céntrico» → CENTĒNU «centeno» > centeno.
- COLUMNĀ «columna» → COLUMNELLU «(diente) canino» > colmillo.
- FŌRMA «forma, molde» → FŌRMĀCEU «mujo de la cristal y barro» > hormazo, hoy anticuado.
- PĀCĀRE «pacificar» → *ADPĀCĀRE «extinguir, apagar» > apagar.

En ocasiones, la innovación radica en un cambio de significado propio del latín de Hispania y de sus descendientes:

- CAPTĀRE «asar, coger» > catar «mirar».
- FRĀRE GERMANĀU «hermano verdadero» (esto es, el que comparte ambos padres) > GERMANĀU «hermano» > hermano; así también GERMANĀ > hermana.

Otras veces la novedad viene determinada por la introducción de préstamos de las lenguas prerromanas de la Península (véase 4.2).

1.3. **Conquista y Reconquista**

1.3.1. **Los visigodos**

Desde el siglo V y hasta principios del siglo VIII, la mayor parte de la Península se encontraba sometida al dominio de la monarquía visigótica y de su...
aristocracia. Este pueblo se había abierto paso a través del Imperio Romano durante los últimos años del siglo IV y, después de saquear Roma en el 410, estableció (en calidad de foederati) un reino semiautónomo en el sudoeste de la Galia, con su capital en Toulouse. Súbditos aún del estado romano, expandieron sus dominios hasta anexionarse gran parte de la Península, que, junto con las tierras situadas al otro lado de los Pirineos, se convirtió en un reino independiente a la caída de la administración romana en Occidente.

Expulsados de la Galia por los franceses (primeros años del siglo VI), lograron enseñorearse de toda la Península, gracias a la absorción en el 585 d.C. del reino suevo del noroeste (lo que hoy es Galicia, el norte de Portugal y las provincias de Asturias y León) y la expulsión posterior (a principios del siglo VII) de las fuerzas bizantinas que ocupaban algunas áreas del este y sur de España en nombre del Emperador Romano de Oriente.

Los visigodos estaban ya parcialmente romanizados antes de entrar en la Península y es muy probable que mantuviesen desde el principio una situación de bilingüismo entre el latín y su lengua nativa, el germánico oriental. Esta última no alcanzó en su etapa hispánica estatus de código escrito, por lo que el latín continuó siendo la lengua de cultura y de la administración durante el período visigótico; la influencia que ejercieron sobre el latín de Hispania fue, por tanto, pequeña (además de Gamillscheg 1967, véase Pfister 1978). Dejando a un lado un determinado número de préstamos léxicos (véase 4.5), su aportación se limita a unos cuantos rasgos morfológicos:

La introducción de un nuevo modelo de declinación de sustantivos con nominativo -A, caso oblícuo -ÁNE (plur. -ÁNES), junto a los tres tipos ya existentes en el latín hablado tardío (véase 3.2.3). Su uso se reducía fundamentalmente a nombres propios de origen germánico (por ej. esp. med. FROIÁN < FROILANE, junto a FRIÜLA < FROLA, ambos patronímicos referidos a un mismo monarca visigodo), pero se aplicaba ocasionalmente a nombres comunes. Podemos indicar, como ejemplo, los descendientes que el español conserva procedentes de ambas formas del paradigma, el nominativo y oblícuo: guardia < WARDJA «guarda», guardián < *WARDIANE «id.».

La adopción del sufijo -engo (<germco. -ING) para adjetivos denominales, Este sufijo, que ha sido siempre escasamente rentable, es el que aparece en abadengo, realengo y, ahora sólo sustantivado, abolengo (véase Aebischer 1949).

La posible introducción del sufijo -ez, -oz, etc. de algunas voces que una vez fueron patronímicos y ahora son apellidos (por ej. Rodríguez, Fernández, Muñoz). En ese sentido, el genitivo latinizado de ciertos nombres germánicos en -iks, como RODERÍCI «(hijo) de Rodrigo», puede explicar la formación de algunos apellidos (por ej. RODERTCRI Rodríz > Ruiz); comparando con ésta la forma del nombre correspondiente no incrementado con el sufijo (por ej. Ruy), era posible fijar el valor patronímico del elemento -z, que podría entonces aplicarse a otros elementos, incluidas las formas «plenas»: Rodrigo -> Rodríguez, Fernando -> Fernández, etc. (véase Ménendez Pidal y Tovar 1962).
La clase dirigente visigoda constituía un pequeño porcentaje del total de la población peninsular; a pesar de su supremacía política, terminó por renunciar al bilingüismo y adoptar completamente la lengua de sus súbditos, que no sólo eran superiores en número, sino que, incluso en la Alta Edad Media, poseían una cultura más prestigiosa que la de sus gobernantes. A lo largo de este período, la mayoría de la población de la Península continuó hablando latín, sin duda con una considerable y creciente diferenciación entre las distintas zonas.

Fue probablemente esta quiebra existente entre el poder político y el prestigio cultural la que propició el triunfo de las fuerzas centrífugas, diversificadoras lingüísticamente, frente a las fuerzas centralizadoras y, desde el punto de vista lingüístico, unificadoras. Ciertamente, los visigodos llegaron a regir toda la Península, pero ello no impidió que, en lugar de disminuir, creciera la variación diafónica en el uso del latín.

Con todo, en este período se produce un hecho político que va a tener un gran significado lingüístico: el establecimiento del gobierno en Toledo. Por primera vez en la historia peninsular, la sede del poder político se sitúa en la meseta central; ello tiene tal relevancia que, después del hundimiento de la España visigoda y la conquista árabe a principios del siglo VIII, Toledo se convirtió en un símbolo para los cristianos del norte, que consideran su misión el restablecimiento de la España cristiana visigótica (cf., sin embargo, Barbero-Vigil 1974: 89-98). El hecho de que la ciudad fuese reconquistada por el reino de Castilla (en 1085), reforzó el prestigio del castellano, de forma que pudo ser un factor más en el ascenso de éste al rango de lengua nacional (véase 1.4).

1.3.2. **Musulmanes y cristianos**

La invasión islámica del 711 tuvo enormes consecuencias lingüísticas, pues no sólo provocó el contacto entre el latín hispánico y sus descendientes con el idioma de otra cultura —que pronto se desarrollaría más y lograría mayor prestigio que la propia de la Europa cristiana—, sino que creó además las condiciones para la aparición de un número importante de préstamos léxicos y semánticos procedentes del árabe (véase 4.6, 5.1.5), para la modificación del romance hispánico en su sintaxis y fraseología (véase Galmés 1956; también Lapesa 1980: 156-157 sobre el origen arábigo de frases como que Dios guardelque Dios mantenga, si Dios quiere, Dios le ampare, bendita sea la madre que te parió, etc.) y para ocasionales préstamos morfológicos (por ej. el sufijo -i; véase 4.14.2.1) (amplia bibliografía en Corriente 1992).

Los efectos lingüísticos de la conquista fueron más profundos todavía, ya que transformó completamente el mapa dialectal de España e hizo cobrar importancia a unas variedades romances que, de no haber tenido lugar esta gran alteración, hubieran quedado marginadas y relegadas a la periferia.
Lo ocurrido tuvo como origen el fracaso de los ejércitos árabes en la conquista de toda la Península: entre el 711 y el 718 establecieron su control sobre aproximadamente las tres cuartas partes del territorio, pero permitieron la supervivencia de núcleos cristianos en el extremo norte y noroeste. Éstas eran, precisamente, las áreas que habían permanecido más alejadas de las influencias estandarizantes durante el periodo romano y de los procesos de uniformización lingüística durante el dominio visigodo; era ahí, por tanto, donde la lengua se encontraba más distanciada de la «norma» hispanorrromanca del siglo viii: tal debió de ser la situación de Cantabria (actual Santander, norte de Burgos y áreas adyacentes), en el sur de la cual tuvo su cuna el castellano. Se trataba, pues, de una zona que había resistido de una manera especial al dominio romano y visigodo y cuya lengua se encontraba bastante apartada de la norma general en el siglo viii. (Empleamos el término «norma» para hacer referencia a esos rasgos lingüísticos comunes a la mayor parte de las variedades del habla románica hispana, dado que no es posible que en ese siglo existiese una única norma prestigiosa entre los hablantes hispanos.)

Fueron igualmente importantes las consecuencias lingüísticas de la Reconquista cristiana de la Península. Las modalidades hispanorrromances del habla que eran hasta entonces marginales (en términos geográficos y lingüísticos) se extendieron hacía el sur, a expensas de esas otras que suponemos habrían sido anteriormente las más prestigiosas y las más acordes con el romance hablado fuera de la Península. Entre estas variedades periféricas del romance hispánico figuraba una de las más «anómalas», el castellano, que se iba a convertir después en la lengua más extendida y en el vehículo habitual de expresión de la cultura peninsular (sobre el nacimiento del castellano, sus primeros tiempos y las más tempranas documentaciones, véase Alarcos 1982, Díaz y Díaz 1978, García Larrañaga 1984, Menéndez Pidal 1945, Rico 1985).

Al principio, las características propias de la zona de Burgos y sur de Cantabria se difundieron hacia el sur, suroeste y sureste, debido, en parte, al establecimiento de castellanos en los territorios conquistados y, en parte, merced a que gentes de otra procedencia lingüística adoptaron rasgos castellanos. La creación del reino de Castilla (1035) avivió, sin duda, la conciencia de la identidad individual del habla castellana; asimismo, la conquista de Toledo en 1085, como ya hemos apuntado, tuvo una significación lingüística notable, dado el prestigio que este triunfo aportaba a Castilla y a su vehículo de expresión, el castellano.

La marcha hacia el sur de los reinos cristianos se vio frenada temporalmente por las invasiones de almorávides y almohades en Al-Andalus; sin embargo, a fines del xi y durante el siglo xii, prosiguió el avance castellano con la toma de las ciudades más importantes del norte y oeste de Andalucía (Córdoba 1236, Jaén 1246, Sevilla 1248, Cádiz 1250) y con el sometimiento del reino de Murcia (1244). Así pues, a mediados del siglo XIII, Castilla se había extendido de tal forma que abarcaba algo más de la mitad del territorio peninsular. La im-
plantación de su lengua en estas zonas se hace a costa del retroceso del árabe, mientras el mozárabe se extingüa irremediablemente.

Con el término de mozárabe designamos aquellas variedades del hispanoromance que continuaban hablándose en la Hispania islámica durante el tiempo de la invasión musulmana y que se mantenían aún en algunos núcleos de población durante la Reconquista. El contacto con dicha modalidad produjo algunos efectos sobre el castellano, fundamentalmente en los préstamos de vocabulario mozárabe (véase 4.7) y quizá incluso en el desarrollo de las sibilantes en las variedades andaluzas (y, más tarde, en las americanas) (véase 2.6.3). Sin embargo, es muy probable que el habla mozárabe se diluyera en los patrones castellanos durante los siglos XIII y XIV (acerca del mozárabe, véase Galmés de Fuentes 1983, Peñarroja Torrejón 1990).

Entre mediados del XIII y finales del XV, la España islámica había quedado reducida apenas a las zonas montañosas del suroeste de Andalucía, que constituían entonces el reino de Granada. Cuando en 1492 los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, conquistaron estas tierras, se repoblaron en su mayor parte con hablantes andaluces, es decir, con pobladores procedentes de zonas en las que se hablaban distintas variedades del castellano. De este modo, Castilla había llegado a dominar, en el transcurso de seis siglos, un territorio que se extendía desde la costa cántabra hasta el Mediterráneo y el Atlántico.

Ahora bien, los rasgos del castellano no se difundieron únicamente por aquellos territorios del mediodía peninsular hasta donde había llegado el reino de Castilla; mientras éste crecía hacia el sur, la población de los reinos vecinos iba adoptando caracteres propios de la manera de hablar de los castellanos. En el caso de León, la penetración hacia el oeste del castellano está firmemente atestiguada, tanto en textos literarios como no literarios, bastante antes de que tuviera lugar la unión de Castilla y León en 1230. Aunque no disponemos de testimonios documentales paralelos, por no existir en la práctica documentación escrita en vasco con anterioridad al siglo XVI (véase Michelenia y Sarasola 1989), podemos suponer que el castellano se extendió también hacia el norte a expensas de esta lengua. Igualmente se fue introduciendo en territorio aragonés, como se observa en documentos zaragozanos de los siglos XIV y XV, esto es, antes de unirse las coronas de Castilla y Aragón en 1479. En esta etapa, solamente permanecían fuera de la esfera de influencia del castellano la mayor parte de Galicia y de las áreas catalanohablantes (Cataluña, Valencia y las Baleares).

Las razones de esta expansión lateral y de la imitación de los rasgos lingüísticos castellanos radican en el prestigio político de Castilla, resultado de su papel predominante en la Reconquista, así como en el desarrollo de su literatura (véase 1.4), que no tenía parangón en León y Aragón. La castellanización de los reinos vecinos no fue, por supuesto, rápida (aunque indudablemente fue más veloz entre la gente culta que entre el vulgo) y todavía hoy resulta incompleta en
áreas rurales de Asturias, occidente de León, norte de Huesca, etc. (y, naturalmente, en los dominios lingüísticos catalán y gallego).

1.4. El español estándar

La actuación de Alfonso X el Sabio, rey de Castilla y León (1252-1284), fue decisiva para la creación de la modalidad estándar del español de su época. Anteriormente, las reformas que se habían establecido en el Concilio de Burgos de 1080 (véase Wright 1982) habían dado lugar al empleo de un sistema gráfico que reflejaba la pronunciación del romance mejor que el latino; de este modo surgió el modelo de escritura utilizado en los documentos y textos literarios del reino de Castilla, que se fue afianzando progresivamente durante el siglo XII y la primera parte del siglo XIII. Sin embargo, hasta la etapa de Alfonso X observamos que los escritos contienen bastantes dialectalismos propios de la región del escritor o del copista, sin atenerse a una norma suprarregional. Así, el Auto de los Reyes Magos, del siglo XII, revela características del habla de Toledo (quizás debido al contacto con el mozárabe) no compartidas por el resto del reino (véase Hilty 1981 y Kerkhof 1979), mientras que el Poema de mio Cid muestra un cierto número de hechos lingüísticos que permiten situar su modalidad en el nordeste de Castilla (véase Lapesa 1982: 239-258; bibliografía en López Estrada 1982: 208-217). Lo mismo ocurre en los textos no literarios: el Fuero de Madrid, que alcanzó su redacción final en 1202, se nos presenta con rasgos propios de Castilla la Nueva.

Las particularidades regionales —y hasta las meramente normativas de las diferentes escuelas de escribanos— desaparecerán paulatinamente durante la segunda mitad del siglo XIII, como resultado del formidable trabajo de erudición (científico, historiográfico, legal y literario) que realizan el rey y sus colaboradores. Por un lado, la utilización que se hace del castellano en esta ingente tarea cultural proporciona gran prestigio a esta lengua, lo que contrasta con la situación de otras variedades romances peninsulares, como el leonés o el aragonés, que conocen un cultivo literario muy restringido. Por otro lado, la preocupación del monarca por la «corrección» lingüística de la vasta producción erudita que había emprendido contribuyó decisivamente a la elaboración de una forma estándar del castellano.

Así pues, como acabamos de señalar, al final del reinado de Alfonso X ha desaparecido, en la práctica, cualquier regusto por reflejar las peculiaridades regionales en la manera de escribir de los castellanos. El nuevo estándar literario suprarregional debió de basarse en la manera de hablar de las clases altas de Toledo, donde aquel castellano nacido en Burgos se extendió durante la Reconquista de Castilla la Nueva (además de Lapesa 1982, véase también Abad 1985a, Galmés de Fuentes 1985).
Un hecho adicional, de gran importancia para el éxito de este romance fue su constante uso como lengua de la administración en el reinado de Alfonso el Sabio. Si durante el gobierno del monarca anterior el latín había ido cediendo terreno, ahora es sustituido definitivamente por el castellano. Por otro lado, esta lengua tenía la ventaja, frente al latín, el árabe o el hebreo, de ser neutral para los creyentes de las tres religiones —cristiana, musulmana y hebrea— que convivían en Castilla: de ahí su capacidad unificadora de las tres culturas. En este reinado los documentos de la Cancillería regia se redactaron en una modalidad cada vez más estandarizada, de suerte que servían como modelo de corrección en la escritura para quienes los leían, copiaban o imitaban.

El uso del castellano en los escritos científicos, legales y administrativos necesitaba el desarrollo de sus recursos expresivos; por ello, la sintaxis se hace considerablemente más compleja y sutil a lo largo del período alfonso, en tanto el vocabulario se incrementa enormemente, en parte mediante préstamos del latín y árabe (véase 4.3, 4.6), en parte mediante sus posibilidades derivativas (véase Penny 1987).

Con todo, no debe pensarse que el modelo de la corte toledana, que servía de base al estándar escrito, había dado lugar también a un único estándar hablado. Otras ciudades rivalizaban con Toledo, y la manera de hablar de sus clases cultas competía con la de la capital, particularmente la de la recién conquistada Sevilla. Dicha ciudad andaluza fue, durante la Reconquista y los siglos siguientes, la mayor del reino y la de economía más floreciente; el habla de sus élites debía de gozar, por tanto, de gran prestigio en su región. Este factor, junto con su lejanía geográfica respecto a las ciudades centrales, fue la causa de que la existencia de una lengua hablada que, hasta cierto punto, pugnaba con la de Toledo; su norma se caracterizaba por unos cuantos rasgos fonológicos, entre los que antes del XVI se incluyen el seseo (véase 2.6.3), el yeismo (véase 2.6.6), la conservación del fonema /h/ descendiente de la f- latina (eliminado del español central durante el siglo XVI, por influencia norteña; véase 2.5.6 y 2.6.4), el debilitamiento de la /s/ implosiva (véase 2.6.7) y el debilitamiento y confusión de /r/ y /l/ en final de sílaba. En el plano morfosintáctico, entre otras características del español sevillano, figura la distinción etimológica de los pronombres lo y le, en contraste con el español central, que era leista (véase 3.5.1). Además, estas dos variedades presentaban, sin duda, considerables diferencias léxicas que ahora difícilmente podemos reconstruir.

En síntesis: en el momento de la expansión del español fuera de la Península, rivalizaban dos normas principales, la de Toledo (reemplazada en el decenio de 1560 por la de Madrid) y la de Sevilla. Claro está que la variedad toledana y la sevillana no gozaban de similar autoridad: Madrid, continuadora de Toledo, sirvió de norma a la literatura española durante el Siglo de Oro. Sin embargo, ambas normas conocieron una situación más pareja, como veremos en el apartado siguiente, en las zonas extrapeninsulares a las que se extendió el español.
Fue también durante el Siglo de Oro cuando el castellano se convirtió en la lengua literaria y culta de Galicia y de las zonas catalanohablantes, provocando la aparición en esas áreas de fenómenos de bilingüismo; esta situación se fue agudizando progresivamente durante los siglos siguientes, a causa del uso casi exclusivo del español como lengua vehicular de la educación. No obstante, desde mediados del XIX, el catalán y, en menor grado, el gallego han recuperado su uso como lenguas literarias y de cultura —a pesar de su prohibición durante el franquismo—. El vasco, que no llegó a plasmarse por escrito en la Edad Media, comenzó su cultivo literario en el siglo XVI; actualmente coexiste con el castellano en Guipúzcoa, este de Vizcaya, norte de Navarra y la franja septentrional de Álava.

1.5. El español extrapeninsular

Durante los siglos XV y XVI, soldados, colonos, sacerdotes, funcionarios, etc. llevaron el español a diferentes lugares fuera de la Península. Las áreas principales de expansión fueron las Canarias, América, las Filipinas, el Mediterráneo y los Balcanes.

1.5.1. Las Canarias

La conquista de las Canarias y su incorporación a la Corona de Castilla se realizó en el siglo XV, bajo el reinado de los Reyes Católicos. La mayoría de los participantes en dicha empresa partió de puertos andaluces, de los que con toda probabilidad procedían; por ello, su norma de prestigio sería la de Sevilla. Así, el español de las islas Canarias es siempre seseante (véase 2.6.3); mantiene la /h/ aspirada precedente de r- (véase 2.5.6, 2.6.4) y bastantes hablantes aspiran la /s/ implosiva en buena parte de su vocabulario (convirtiéndola generalmente en [l]), véase 2.6.7); algunos de ellos confunden también la /t/ y /l/ en final de sílaba. Son rasgos que se encuentran, en mayor o menor grado, en el español andaluz y en el americano.

Las Canarias se convirtieron en la escala obligada y el trampolín para llegar a América —igualmente ocurrió en la ruta de retorno—, y mantuvieron siempre un contacto más estrecho con las colonias americanas que el resto de España; de ahí que compartan con el español americano ciertas características ausentes en la Península, completamente o en gran parte. En muchas ocasiones se trata de diferencias léxicas (como el uso de guagua «autobús»), pero también las hay gramaticales, como la neutralización de la distinción entre la 2ª persona de plural informal y formal (ustedes cantan es lo general en el español canario, en el americano y en el andaluz occidental, a diferencia de la posibilidad que existe en el centro peninsular de distinguir ustedes cantan de vosotros cantáis; véase 3.5.1.1).
1.5.2. AMÉRICA

La ruta del descubrimiento llevó a Colón desde el sur de España a las Canarias y de allí, a través del Atlántico, a las Indias Occidentales. El almirante desembarcó en el Caribe en cada uno de sus cuatro viajes a América: en La Española (hoy República Dominicana y Haití), en Cuba, etc.; en estas islas estableció pequeños núcleos de población que después se convirtieron en punto de partida esencial para la conquista y asentamiento en el territorio continental. Posteriormente, Cortés llevó a cabo la conquista de México desde La Española, lo cual supuso el dominio de grandes zonas de América del Norte (lo que es hoy Nuevo México, Tejas, Arizona y California y el propio México) y Pizarro, por su parte, sometió el Imperio Inca, después del descubrimiento del Pacífico en 1513. De esta forma se fue estableciendo una cadena de comunicación desde el Caribe hasta Lima, en Perú, a través de la vertiente pacífica de los Andes.

Estas rutas de descubrimiento y conquista se transformaron en líneas habituales de comunicación entre España y el Nuevo Mundo, a la vez que cumplieran idéntica función en el propio continente americano:

![Diagrama de comunicación en América](attachment:diagrama.jpg)

Ciudad de México

Lima

Indias Occidentales → Canarias → Sevilla/Cádiz

Ciudad de México y Lima pasaron a ser los principales centros administrativos y culturales de la América hispana: fueron la sede de los representantes del rey (los virreyes), las cabeceras eclesiásticas y los lugares donde se fundaron, ya en el siglo XVI, las primeras universidades del Nuevo Mundo. Con el paso del tiempo, dichos enclaves se comunicaron con el resto de la América hispana a través de otras vías secundarias, en tanto que, con excepción del Caribe, el contacto con la Península se mantuvo durante siglos sólo a través de México y Lima. El resultado de semejante situación fue que algunas áreas (como el Río de la Plata, América Central, Nuevo México) permanecieron mucho más alejadas de la metrópoli (geográfica y culturalmente) que los territorios conectados por las principales vías de comunicación; así, por ejemplo, hasta el siglo XIX se llegaba a Buenos Aires sólo después de un larguísmo viaje por tierra, cruzando el continente de norte a sur.

Estos modelos de conquista, asentamiento y establecimiento de comunicaciones, además de dar respuesta a los orígenes de la mayoría de los préstamos de las lenguas amerindias al español (esto es, por qué se toman de las lenguas del Caribe, el altiplano mejicano y los Andes centrales; véase 4.9), ayudan también
a explicar satisfactoriamente la diferente influencia de las normas de Toledo/Madrid y de Sevilla en el habla de las distintas regiones de América: la modalidad lingüística de las tierras altas de México y de Perú/Bolivia se ha mantenido más próxima al estándar peninsular central, mientras que en áreas más apartadas de los principales centros culturales de la América colonial las características de la norma sureña han tenido una mayor aceptación social. En realidad, los rasgos meridionales se han extendido con más facilidad en zonas como Argentina y la América Central, alejadas geográficamente (de acuerdo con el sistema de comunicaciones de los siglos XVI y XVIII) de los enclaves responsables de difundir la norma peninsular central en tierras americanas (esto es, Ciudad de México y Lima).

A veces se ha pretendido explicar estas semejanzas y diferencias con respecto al español del centro de la Península basándose en la geografía física y en la elección de ubicaciones por parte de los primeros pobladores; así, se ha sostenido que los pobladores originarios de la meseta castellana preferían las tierras altas de América (el altiplano mejicano, la zona andina), mientras que los oríundos de las tierras bajas y costeras de la Península, principalmente de Andalucía, elegían las tierras bajas y costeras de América. Como no existe ninguna evidencia real de tales preferencias, resulta más conveniente explicar las notables diferencias entre las distintas variedades del español americano de acuerdo con nuestra teoría; es decir, en términos de proximidad o lejanía con respecto a los principales centros de gobierno coloniales y tomando en consideración el influjo cultural (incluida la influencia lingüística) que tales núcleos ejercían. En esos lugares los hablantes procedentes del centro de España serían suficientes, por su número y prestigio social, como para establecer el tono lingüístico de estas ciudades y de las áreas mejor comunicadas con ellas. En este contexto podemos explicar la distribución de ciertas particularidades clave en el español americano (para detalles de la distribución de las características fonéticas, véase Canfield 1988); por ejemplo:

La conservación de la /s/ final de sílaba es típica de las áreas de América que se encontraban en la esfera de influencia de la norma peninsular estándar, esto es, México (excepto el extremo sur), Perú, Bolivia y el Ecuador andino. En estas condiciones, la mayoría de las áreas restantes muestran debilitamiento y/o pérdida del fonema, al igual que ocurre en el español peninsular meridional y el canario (véase 2.6.7).

El uso del pronombre tú como forma de tratamiento informal para la segunda persona de singular, igual que en España, presenta una distribución algo más amplia, aunque similar en lo esencial a la del fenómeno anterior: en México y sureste de Estados Unidos, en la mayor parte de Bolivia y Perú; incluye, además, las islas del Caribe y la práctica totalidad de Venezuela. Tal tuteo contrasta con el uso de vos (véase 3.5.1.1), que tiene lugar en las regiones alejadas de las redes de comunicación, en competición con el tuteo (como en Chile, Ecuador, Colombia, etc.), o como forma dominante de tratamiento (Argentina, Uruguay, Paraguay y casi toda América Central hasta el sur de México).
Por otro lado, muchos rasgos del español americano evidencian que las tendencias peninsulares meridionales han logrado ganar la partida en casi toda Hispanoamérica; entre ellos se incluyen el seseo (véase 2.6.3), el yeísmo (véase 2.6.6), el uso de /h/ donde el español estándar tiene /x/ (véase 2.6.3-4) y el loísmo (véase 3.5.1). El resultado de todo ello es el carácter predominantemente «andaluz» del español ultramarino, carácter que tradicionalmente se «explicaba» aceptando que los pobladores americanos procedían, en un muy elevado porcentaje, de Andalucía. No obstante, Henríquez Ureña (1932) rechazó esta idea, apoyándose en que muchos eran oriundos del norte de España (gallegos, vascos, etc.) y en que la mayoría no provenía de Andalucía. Llegó a la conclusión de que las semejanzas entre el español americano y el andaluz se debían a desarrollos separados, pero paralelos, acaecidos a ambos lados del Atlántico; prefirió una explicación climatológica, hoy desacreditada.

Un examen más detallado y reciente de la procedencia regional de los pobladores americanos, realizado por Boyd-Bowman (1956, 1964), ha llevado a la aceptación general de una versión corregida de la teoría tradicional. Boyd-Bowman afirma que la similitud entre el español andaluz y el americano se debe a la herencia de características del habla andaluza (más concretamente sevillana), y aduce diversos argumentos para defender su aseveración.

En primer lugar, resalta el nutrido número de andaluces entre los primeros pobladores de las Indias Occidentales, un 78 por ciento durante las dos primeras décadas de asentamientos, momento en que las colonias se limitaban al Caribe; además, conviene precisar que las posteriores oleadas de emigración, antes de pasar a nuevas áreas de asentamiento, generalmente permanecían algún tiempo en las Indias Occidentales. Resulta también significativo que la mayor parte de los andaluces fuesen oriundos de Sevilla, con una alta proporción de mujeres, que con toda probabilidad transmitieron sus modelos de habla a la siguiente generación.

Otro factor relevante es que los grupos de colonizadores procedentes de toda España se reunían en Sevilla antes de partir y que, a menudo, debían permanecer allí esperando un barco durante meses. Resulta comprensible que estos emigrantes, de diferentes orígenes lingüísticos, se inclinasen por un denominador idiomático común, proporcionado seguramente por el habla popular de Sevilla. Tales procesos de ajuste dialectal nos son hoy bien conocidos: se puede afirmar que son normales, e incluso inevitables (véase Trudgill 1986). Así pues, antes ya de la partida, los futuros colonos provenientes del centro y norte de España probablemente adquirirían algunas características del habla meridional.

Tampoco carece de interés el que la tripulación de los barcos que afrontaban la travesía atlántica fuese andaluza casi de forma exclusiva: por su prestigio de hombres con experiencia, que habían viajado una y otra vez a América, su habla pudo muy bien influir sobre la de quienes viajaban con ellos.
Por otro lado, no debe olvidarse que el contacto entre España y las colonias americanas se canalizaba, sobre todo, a través de Sevilla (o el puerto de Cádiz, que dependía de ella), pues esta ciudad disfrutó durante siglos del monopolio sobre el comercio con los dominios americanos de España. Su preeminencia en los negocios con América favoreció, sin duda, la continua expansión de sus rasgos lingüísticos en el Nuevo Mundo; además, la riqueza material que el monopolio trajo consigo sirvió para realzar todavía más el prestigio de Sevilla y de su habla. Sólo en los centros virreinales de Ciudad de México y Lima la concentración de hablantes de las variedades norteñas y centrales del español resultaba suficiente como para desafiar su hegemonía.


1.5.3. **El Mediterráneo y los Balcanes**

En 1492 se produjo la expulsión de los judíos, al mismo tiempo que empezaban los asentamientos en América y concluía la Reconquista con la caída de Granada. Forzados a elegir entre la conversión al catolicismo o la expatriación, muchos miles optaron por abandonar España: unos se asentaron en Portugal, de donde habrían de ser arrojados posteriormente (1496); otros, en las ciudades del norte de África (Fez, Argelia, El Cairo, etc); algunos, en Italia; pero la mayoría se estableció en las ciudades del Imperio Otomano, que a comienzos del siglo xvi incluía, además de Siria y Asia Menor, los actuales estados balcánicos de Grecia, Albania, Bulgaria, la antigua federación yugoslava y gran parte de Rumanía. En Constantinopla, Salónica, Sofía, Bucarest, Monastir, etc., los judíos españoles o sefarditas establecieron florecientes comunidades, en las que más tarde se integraron los que habían sido expulsados de Portugal y aquellos que habían encontrado su camino hacia el este a través de Italia.

Al principio, se distinguían dentro de estas comunidades los orígenes peninsulares (y probablemente las variedades dialectales a ellos asociadas); había sinagogas diferentes para aquellos que procedían de Aragón, Castilla, Portugal, Barcelona, Lisboa, Córdoba, etc.; la posterior indistinción de los orígenes con llevó, sin duda, una mezcla de dialectos. El habla judeo-española resultante (denominada también «ladino», «judezmo» o simplemente «español») es predominantemente castellana, pero muestra una mezcla considerable de características de otras zonas de la Península, sobre todo occidentales o, más concretamente, portuguesas; también incorpora un cierto número de particularidades específicamente meridionales o andaluzas, así como algunos rasgos conservadores con respecto al castellano general del siglo xv (véase Benichou 1945, Besso 1964, Wagner 1930, Zamora Vicente 1967).
Entre las características no castellanas del judeo-español se pueden citar:
La frecuente ausencia del diptongo correspondiente al latín Í y õ (quiero [= esp. quiero], preto [= esp. prieto], rogo [= esp. ruego]), que coincide con la no diptongación del gallego-portugués; no obstante, en otros ejemplos encontramos los diptongos /ie/, /ue/, que pueden incluso extenderse por analogía a sílabas no acentuadas (ej. puedo → poder «poder»; véase 3.7.7.1.4 para casos paralelos en el estándar).

El sistema de las vocales finales en los Balcanes es /i/ - /a/ - /u/, similar al portugués y al de muchas variedades del leonés, pero diferente del castellano /e/ - /a/ - /o/ (ej. vedri [= esp. verdes], fijus [= esp. hijos]).

Al igual que el gallego-portugués y la mayor parte del leonés (pero también como el aragonés y el catalán), el judeo-español balcánico mantiene a menudo la /i/- latina como /i/ (ej. fizer, furmiga, fambré [esp. hacer, hormiga, hambre]), si bien las variedades orientales (ej. en Estambul) muestran frecuentemente /u/ o ninguna consonante (por ej. hetcho - etcho [= esp. hecho]).

De nuevo, paralelamente al gallego-portugués y leonés, el latín -mb- se conserva generalmente como /mβ/ (ej. palomba [esp. paloma]).

La /s/ final de sibila se palataliza (> /ʃ/) como en portugués, aunque en judeo-español este cambio tan sólo se produce ante /k/ (ej. /mɒkəl/, /ɛkələ/ [esp. mosca, escuela]).

Los datos señalados demuestran que un factor esencialmente hispánico occidental (y en especial portugués) conformó el judeo-español a través de una mezcla dialectal producida en el xvi; este saber luso está todavía más enfatizado por el resultado de las sibilantes medievales (véase 2.6.2.3). Dicho sistema consonántico era idéntico en portugués y en castellano medieval, pero en aquella lengua cambió poco y conocía la misma evolución que en judeo-español, en tanto que las transformaciones fundamentales del sistema español produjeron un resultado bastante alejado de la modalidad sefardita. El desarrollo del portugués y del judeo-español muestra la confusión de fricativas dentoalveolares (es decir, seseo), pero mantiene la distinción entre fonemas sordos y sonoros; se puede resumir del siguiente modo:

<table>
<thead>
<tr>
<th>Medieval</th>
<th>Moderno</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Prepalatal</td>
<td>/ʃl/ /ʒl/</td>
</tr>
<tr>
<td>Ápicoalvéolar</td>
<td>/sl/ /zl/</td>
</tr>
<tr>
<td>Dentoalvéolar</td>
<td>/tsl/ /ðzl/</td>
</tr>
</tbody>
</table>

Entre otros ejemplos de estas evoluciones en judeo-español, podemos señalar: esp. med. dixo, ojo, passo, casa, cinco, dezir > judeo-español /ðIr/ /ðIs/, /pásol/, /káza/, /ʃínko/, /deʒIr/. Es preciso subrayar, sin embargo, que la frecuen-
cia de estos fonemas en el judeo-español es generalmente la misma que en castellano (ej. ocūlu > jud. esp. /ó3o/, frente al port. olho).

Otro caso de coincidencia con el portugués es la oposición entre b y v, en algunas variedades de judeo-español; ésta se presenta a veces bajo la forma /b/ : /β/, como ocurre en el norte y centro de Portugal, y otras como /b/ : /v/, igual que en el portugués estándar. No obstante, la hipótesis de una influencia fonológica portuguesa en el judeo-español tiene menos fuerza en estos casos, ya que el castellano del siglo XVI conservaba la oposición /b/ : /β/ en el sur (véase 2.6.1), al igual que las variedades meridionales y baleares del catalán.

La fonología del judeo-español coincide con las variedades sureñas del castellano en algunos otros rasgos; el principal ejemplo de esta semejanza es la confusión de /β/ y /f/ (véase 2.5.6). Lo cierto es que el yeismo es típico de casi todas las hablas andaluzas y canarias y de gran parte del español americano, y es general en el judeo-español (ej. sevoya, fayar [= cebolla, hallar]); en esta última modalidad, cuando el fonema resultante /f/ queda contiguo a una vocal palatal, se pierde con frecuencia: ea, amario, gáina, aí [= ella, amarillo, gallina, allí]

A tenor de muchas de sus características, el judeo-español se nos ofrece como una modalidad arcaica, por cuanto conserva rasgos del español del XV que han desaparecido en los restantes lugares; y es que, debido a que perdió todo contacto con la Península desde principios del XVI, los cambios que a partir de ese momento afectaron a otras variedades del español no pudieron penetrar en la lengua de los sefarditas.

Ese carácter arcaico se aprecia claramente en el vocabulario (véase Zumora Vicente 1967: 361-377, Sala 1979): en judeo-español perviven palabras corrientes en la España medieval que hoy se han convertido en obsoletas o se circunscriben a un uso regional; su nuevo léxico (excepto el que se obtiene por formación de palabras) debe a préstamos de fuentes variadas: italiano, francés, turco, griego, etc. Ahora bien, el arcaísmo no se limita al vocabulario, sino que también puede comprobarse, por ejemplo, en la morfosintaxis; así, la segunda persona de plural de los verbos muestra la variación que hallamos en el español del siglo XV (véase 3.7.2), pero con palatización de la /s/ final en las formas más breves /kantál/ ~ /kantál/, /kerél/ ~ /kerél/. Dejando a un lado dicha palatalización, las formas breves resultan idénticas a las que registramos en casi todas las zonas americanas de voseo (véase 3.5.1.1); sin embargo, a diferencia del resto de las hablas españolas, no conoce la innovación vuestra merced (de donde el mod. usted) y opone los informales tú (sing.), vos (plur.) a los formales el, e(y)a, e(y)os, -as (véase Malinowski 1983).

A pesar de su supervivencia durante quinientos años, el futuro del judeo-español no parece hoy prometedor. La aparición del nacionalismo en los países balcánicos a partir del XIX (con la consiguiente búsqueda de la uniformidad lingüística) y el exterminio de muchas comunidades sefarditas durante la Segunda
Guerra Mundial han ocasionado un dramático descenso en su cultivo. Continúa utilizándose, aunque de forma mucho más limitada, en las ciudades balcánicas y turcas donde se había venido hablando durante siglos, pero donde quizás sobre- vive mejor en la actualidad es en Israel, y ello como resultado de las nuevas migraciones; no obstante, allí lo utiliza fundamentalmente la generación más anciana, al igual que sucede en Nueva York, el otro punto principal de destino de los judíos sefarditas que emigran desde el antiguo Imperio Otomano.

1.5.4. LAS FILIPINAS

Descubiertas por los europeos en 1521 e incorporadas al Imperio en esa misma centuria, las islas Filipinas permanecieron como posesión española hasta la guerra con los Estados Unidos en 1898 y fueron administradas a través de México mientras este territorio formó parte de la Corona (la independencia mejicana se produce a principios del XIX). En contraste con lo ocurrido en Canarias y América, la hispanización de las Filipinas fue sólo superficial: el español se convirtió en lengua de la clase dominante, de la administración civil y judicial y de la cultura; al final del dominio hispánico, era hablado aproximadamente por el 10 por ciento de la población. A pesar de haber sido lengua oficial del país (junto con el inglés y el tagalo), su uso se ha debilitado durante el presente siglo (véase Whinnom 1954; también Alvar 1977, Quíliss 1985 y 1992).

Ahora bien, el largo contacto entre el español y las lenguas locales ha dado lugar a una serie de pidginis y criollos; estos últimos constituyen el vehículo de expresión de una proporción sustancial de la población filipina (véase Quíliss 1980, Whinnom 1956).

Dado que la comunicación entre España y las Filipinas se realizó durante siglos por mediación de México, no nos puede sorprender que el español filipino coincida en líneas generales con el español americano (véase 1.5.2), no sólo en vocabulario, sino también en pronunciación y gramática. Así, aunque algunos hablantes distinguen /s/ y /θ/ (como en la España central y norteña) y /ʃ/ y /ʃ/ (igual que en puntos de la mitad septentrional de la Península), el español filipino se caracteriza en general por el seseo (véase 2.6.3) y el yeismo (véase 2.6.6). También conserva la /h/ (procedente de r- latina) y emplea este mismo fonema en lugar de la /x/ del estándar peninsular (véase 2.5.6, 2.6.2-4); presenta, además, alguna evidencia de confusión de /l/ y /ɾ/ en posición final de sílaba. Asimismo, por su preservación del loismo (véase 3.5.1), el sistema de los pronombres átonos se asemeja al del español americano (y el canario y andaluz). Con todo, por influencia del tagalo, que carece de /ɾ/; se produce una evolución fonológica local: la sustitución de la /ɾ/ española por /p/ (ej. Filipino «Filipinas», supri «sofrir»).
1.6. «Castellano» y «español»


La lengua cuya historia se dibuja en este libro fue denominada en la Edad Media castellano o romance castellano, expresión que puede contrastar, en el plano escrito, con latín y, en el plano escrito y hablado, con otras variedades hispanorromances (portugués, aragonés, etc), o, en un marco más amplio, con las lenguas románicas extrapeninsulares (principalmente francés e italiano). En este estado histórico, la voz español (anteriormente españo) se empleaba raramente para denominar a la lengua; por supuesto, esto está relacionado con el concepto de España, que en los primeros siglos de la Reconquista designa a la España musulmana, después a la Península en su totalidad (¿por influencia del latín Hispania?) y, finalmente, tras la unión de las Coronas de Aragón/Cataluña y Castilla/León/Galicia, al nuevo Estado-Nación.

Fue en el siglo XVI cuando la palabra español comenzó a aplicarse a la lengua y cultura de España y, con este sentido, se hizo equivalente a castellano; los dos vocablos se utilizan desde entonces casi indistintamente, aunque a menudo consideraciones políticas han llevado a preferir el más antiguo (como en la actual Constitución española o como en el uso de muchos países americanos), para evitar la implicación (que a veces se siente en la voz español) de que esta lengua es la única del Estado o de que el Estado Español mantiene una hegemonía cultural sobre quienes, viviendo en otros países, hablan el mismo idioma.

Existe, sin embargo, otro uso del término castellano que puede dar lugar a confusión; nos referimos a su empleo con el significado de «habla (o dialecto[es]) de Castilla», sentido en el que castellano se opone a leonés, gallego, aragonés, catalán, etc. y alude a una zona concreta de la Península que, como veremos, ha ido variando a lo largo de las distintas etapas históricas.

En el período más temprano (siglo IX) en que se registra el nombre Castilla (como Castella, después Castiella), éste designaba una parcela muy pequeña en el extremo oriental del reino asturiano, que luego va a incluir Burgos (884). Sólo en el siglo X llegará hasta el Duero (912) y la Sierra de Guadarrama (c. 950); aun así su extensión es menor que lo que hoy corresponde a Castilla la Vieja, ya que zonas como la actual provincia de Palencia permanecieron fuera de Castilla hasta el siglo XI. Después de la reconquista del reino de Toledo, a finales del siglo XI, se hace necesario distinguir el territorio recién adquirido al sur del Guadarrama (Castilla la Nueva) del situado al norte (Castilla la Vieja). Se al-
canza la máxima extensión de Castilla a fines del siglo XII, cuando la Reconquista llega a Sierra Morena; sin embargo, a partir de este punto no se utiliza ya la denominación Castilla: el territorio situado al sur era, y es, Andalucía. Con todo, en su sentido más limitado, la voz castellano puede referirse, después del 1200, a una parte considerable de la Península.